

EL ESCUDO CATÓLICO.



PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.

Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, á cuyo efecto se reparará una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Seccion 1.ª

ESTUDIOS APOLOGETICOS.

Dios.

IV.

SU PROVIDENCIA.

El cielo y la tierra con todas las maravillas, que en los artículos anteriores hemos admirado, cantan las glorias de su Hacedor, y con sus armónicas concordancias nos lo predicán omnipotente é infinitamente sabio. Pero este Dios que existiendo de toda la eternidad, quiso comunicarse á criaturas que produjo con su omnipotente palabra, se habrá encerrado en su gloria antigua, y abandonado las obras de la creacion? Así piensa, ó así dice el Deísta, é indiferentista. No niegan estos la existencia de Dios, creador de

todas las cosas; pero afirman que de nada se ocupa; y por una estraña contradiccion vienen á caer en un ateísmo práctico, tan fecundo en funestos resultados como el ateísmo especulativo ó de opinion.

En efecto, ¿Qué importa creer en Dios, si este es uno de aquellos Dioses que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen? Qué importa creer en Dios, si despojais á este Dios de las armas de su justicia, de la bondad de padre, de la rectitud de juez? Pues este es el Dios que se forjan los Deístas; y esto es reconocer á Dios en el nombre, y negarlo en la realidad, cuando se atreven á pronunciar, que no hay *Providencia Divina*. Vamos á combatir esta blasfemia: vamos á descubrir toda la deformidad que encierra el sistema de los Deístas. Porque al negar la providencia, los indiferentistas, niegan toda religion, toda moral; ni hay símbolo ni decálogo; no hay mas ley que la utilidad propia, no hay mas decálogo que el amor del *yo*. Si Dios no

ve ni se cuida de los hombres, los hombres podrán adorar ó ultrajar á Dios segun mejor les venga: podrán amarlo ó aborrecerlo segun sus caprichos: y aunque Dios es la verdad, y el bien; pero en los seres racionales como el ángel y el hombre, indiferente le serán la verdad ó el error, el bien ó el mal. Si no hay en Dios Providencia, podrán admitirse ó rechazarse igualmente todas las religiones. Católico en Roma, Protestante en Ginebra, Mahometano en Constantinopla, idólatra en Pequin, todo es indiferente; comer y beber bien, gozar cuanto se pueda, entregarse á todas sus inclinaciones, esta es la única y verdadera religion. Y no es otra seguramente la de los Deistas. Religion mas injuriosa á la Divinidad que el ateismo, religion que rebaja al hombre al nivel del bruto, abre la puerta á todos los crimines, no da á la sociedad otra proteccion que la de la fuerza, ni deja esperanzas para el débil, ni consuelo para el desgraciado, ni estímulo para el justo, ni freno para el malvado, y establece una moral digna solamente de las bestias. Con negar la Providencia, se niegan las verdades mas importantes; el culto, la moral, la otra vida. La sencilla esposicion de sistema tan absurdo es suficiente prueba de la Divina Providencia: mas siguiendo el método que nos hemos propuesto, vamos á presentar algunas pruebas directas.

Preguntar si hay Providencia, es preguntar si Dios tiene cuidado de sus criaturas, si gobierna el mundo fisico y sensible con leyes constantes establecidas por él mismo, si arregla la suerte de las naciones, pueblos, familias é individuos, si todo en fin, lo dirige y encamina á unos fines dignos de su sublime sabiduria. Y quién se atreverá á negarlo? quién á no es-

tar ciego, dejará de reconocer la mano poderosa que tiene las riendas del universo, y hace que todo camine á su fin? cómo no creer que tiene sobre todo fija la vista en el hombre? Si: Dios gobierna el universo como su soberano absoluto, Dios gobierna la gran familia del género humano, como padre que es de todos y padre bondadoso. La accion de su providencia se estiende á todas las criaturas, lo mismo á las mas grandes que á las mas pequeñas: es decir, que Dios igualmente vela sobre el que está sentado sobre dorado trono, como sobre el que arrastra las cadenas de la esclavitud, sobre el que ya tiene los cabellos canos, como sobre el niño que aun no ha nacido, sobre las esferas que ruedan en inmensos espacios, como sobre el insecto oculto en otro insecto.

De tanta multitud de criaturas, todas pueden dividirse en dos grandes clases; las criaturas materiales y las espirituales. De aquí la Providencia en el órden fisico, y la Providencia en el órden moral. Aquella accion por la que Dios constantemente conserva y dirige á su fin las criaturas á un fin general, y cada una de ellas al fin particular es lo que entendemos por Providencia en el órden fisico, y la misma accion con relacion á las cosas espirituales, es lo que entendemos por Providencia en el órden moral.

Fácil es de comprender, que no son unas mismas leyes con las que la Providencia rige unas y otras criaturas: á las que constituyen el órden fisico, impone Dios su voluntad, sin dejarles libertad para sustraerse á ella: asi, el sol no es libre en su carrera, nace y se pone segun las leyes indeclinables que al principio se le impusieron; el mar tiene su flujo y reflujo cotidiano por una necesidad fisica á que están

sugetas sus agitaciones periódicas. No así las criaturas racionales. Dios les ha dado leyes, mandando que las observen, y prometiendo recompensas por su observancia, y amenazando castigos á los infractores: pero al imponer estas leyes, no ha forzado á aquellos para quienes se han promulgado; pueden violarlas, y pueden cumplirlas. De aquí se infiere, que las criaturas materiales necesariamente deben cumplir el fin para que han sido declaradas; así que en esto ni tienen mérito, ni demérito; no obran el bien ni el mal moral, y por consecuencia ni recompensas ni castigos hay para ellas. Por el contrario, las racionales libremente pueden llegar á su fin ó separarse de él, y según el uso que hagan de esta libertad, habrá para ellas mérito ó demérito, bien ó mal, premios ó castigos. Tal es la idea que debemos tener de la Providencia; demonstremos ahora que existe.

Todas las pruebas que en el artículo anterior aducíamos para demostrar la inteligencia Divina, son también demostraciones de su providencia en el orden físico. No las repetiremos; no haremos sino condensarlas. La sucesión constante de unos mismos fenómenos, supone una causa constante que los produce. Si pues vemos suceder constantemente unos mismos fenómenos, inferir debemos, que hay leyes constantes, que arreglan estos fenómenos, que hay un legislador, que ha dado y conserva estas leyes.

Millones de globos enormes se mueven hace siete mil años en distintas y opuestas direcciones: si uno de estos globos chocase con otro, toda la máquina del universo quedaría trastornada; continúa su marcha magestuosa sin que se hayan desviado un momento de sus primitivos caminos; luego hay un geometra providentísimo, que

supo arreglar y conservar aquellos movimientos. Si alguna de las estrellas llegase á escaparse de la eterea red en que están envueltas, y se colocase á ocho millones de leguas de la tierra, herviría el agua del mar como el metal derretido en la caldera de un fundidor; luego hay un ser providentísimo que retiene las estrellas en sus apartadas distancias. Si el sol se hallase á mayor ó menor distancia, el globo terraqueo ó estaría muy frío ó muy caliente, de tal suerte, que sería inhabitable; luego hay alguno que lo ha colocado y conserva en esa distancia tan proporcionada: las plantas, los animales, el hombre no podría vivir sin tierra, sin agua, sin fuego y sin aire; y en todas partes se encuentran estos elementos necesarios: luego existe un providentísimo distribuidor y conservador de los elementos; el hombre, el insecto; no podría vivir sin algunos granos, sin algunas yerbas, ni las yerbas sin la tierra, ni la tierra daría incremento á las plantas sin el agua, ni el agua regaría las tierras sin los ríos, ni los mares, ni los ríos suministrarían aguas á la atmosfera sin el calor del Sol.

Luego hay una sabia Providencia, que ha preparado la tierra con un seno fecundísimo, depositando en el cual algunos granos de trigo los centuplica; luego hay una Providencia, que adelgaza en tiempo oportuno las aguas para que subiendo de los mares, vuelvan á bajar en suaves rocíos sobre las sedientísimas plantas; hay una providencia... Pero en qué cosa no encontraremos la Providencia? El mundo no podría subsistir sin fuego, sin vientos, sin aguas, sin la salud y continua agitación del mar; la sociedad se destruiría si la fisonomía de todos los hombres fuese uniforme. No acabaríamos si hubiésemos

de hacer una enumeracion circun-
tanciada de las leyes constantes que
presiden á todos los fenómenos. El uni-
verso estudiado en los millones de mi-
llones de criaturas que lo componen,
nos ofrece el hermoso espectáculo de un
orden admirable, en que cada cosa está
en su lugar; luego hay una sabia Pro-
videncia, que todo lo ha ordenado, y
conserva esta maravillosa regularidad.
Ahora pues, si Dios cuida de las cria-
turas materiales, si Dios toma tanto
cuidado de un pajarillo, de una hor-
miga, de una hierba que nace en la
mañana para morir á la tarde; si vela
con tanta solicitud sobre nuestro cuer-
po; si provee con tanta fidelidad á
nuestro alimento, que en todas partes
nos tiene preparada abundante mesa,
no se ocupará con mayor solicitud de
la mas noble de las criaturas, de la obra
maestra de sus manos, su viva imá-
gen, aquella en cuyo favor han reci-
bido su existencia las criaturas físicas?
Si dá alimento al mas pequeño insecto,
rehusará al alma la verdad que es el
alimento de los espíritus? Habiendo
establecido leyes tan sabias para la
conservacion de las criaturas materia-
les, habrá abandonado al hazar, como
navios sin brújula, á las criaturas in-
teligentes? Mientras tan paternal se
manifiesta con la hormiga, no tendrá
ni ojos, ni oidos, ni manos, ni corazon
para el hombre? El pensarlo asi, seria
un crimen, una blasfemia el decirlo.

No opondremos al Deista los testi-
monios del antiguo y nuevo testamen-
to por los que se nos exorta á poner
toda nuestra confianza en Dios, y se
nos asegura, que vela sobre nosotros
como sobre la pupila de su ojo; ni les
presentaremos las brillantes imágenes
que la escritura santa nos dá de la
Providencia, representándonos á Dios,
ora como un pastor vigilante que con-
duce su rebaño, ora como un padre

tierno que se levanta antes del dia
para trabajar en beneficio de sus hijos,
ora como un amigo, á quien desea
hablemos con íntima familiaridad; pero
sí les opondremos el testimonio de to-
dos los pueblos que han creído la Di-
vina Providencia.

La historia del pueblo judío no es
sino la historia de la Providencia de
Dios; la religion Mosaica no es sino la
religion enseñada por el mismo Dios.
El Cristianismo basado está en la Pro-
videncia de Dios sobre todo el mundo.
La caída del género humano, y su re-
habilitacion por la Encarnacion del
mismo Dios son los dos quicios sobre
que gira el grandioso edificio católico.
Antes de Jesucristo todo lo vá diri-
giendo la divina Providencia al grande
acontecimiento que se estaba prepa-
rando, y que con ansiedad esperaba la
desgraciada humanidad; despues de
Jesucristo, todo concurre al cumpli-
miento de los designios de la divina
Providencia, hasta que se consume la
grande obra de la redencion, y todo
se sugete al hijo de Dios, y el mismo
hijo de Dios se sugete á Dios.

Los paganos mismos, apesar de sus
groseros errores, admitian este sagra-
do dogma. Asi es que, en su opinion,
cada elemento, cada parte del universo
era gobernada por algun Dios, ó por
algun agente de la divinidad: Tenian
Dioses que gobernasen los cielos, Dio-
ses con la soberanía de la tierra, dioses
con el imperio de los mares; dioses que
concedian suaves vientos, ó castigaban
con furiosos uracanes; dioses del fue-
go, dioses de las fuentes, dioses de los
bosques, de los frutos, de las flores,
de las estaciones, de la siega, de la
vendimia, de los rebaños, de la caza,
de... Dioses habia para todo y en to-
das partes. Todo esto seguramente no
era mas que un conjunto de supersti-
ciosos errores, pero del fondo de todas

aquellas supersticiones salia siempre la creencia de un Dios, que todo lo veia, que todo lo gobernaba con suprema voluntad. No ha habido legislador alguno, ni verdadero sabio, ni ilustre filósofo de la antigüedad, ni escuela de alguna celebridad, que no haya profesado el dogma de un Dios regulador supremo de las cosas humanas. Por haber desconocido Epicuro la Providencia, fué tenido por un impio.

Se ha encontrado todavía ni en el antiguo ni en el nuevo mundo un solo pueblo sin templos, sin altares, sin víctimas, sin oraciones, sin himnos sagrados? Y qué significa todo esto sino la fe del género humano en la Providencia? Los templos eran construidos en honor de las divinidades, y para comunicarse los hombres con los Dioses; las aras eran teñidas con la sangre de las víctimas que se degollaban para aplacar las encolerizadas divinidades; cuando amenazaban las calamidades de la guerra, la peste ó el hambre, á las hecatombes y holocaustos se añadan oraciones fervorosas suplicando á la divinidad libertase al pueblo de aquellas plagas. Homero hace intervenir á todos los Dioses del Olimpo en la guerra de tirios y troyanos. Virgilio pinta la discordia de los *inmortales* por las cosas de los *mortales*: Ciceron dice, que la primera verdad de que conviene que los pueblos esten convencidos es que los Dioses son los rectores de todas las cosas, que ven los pensamientos y las acciones de los hombres, y que distinguen los buenos de los malos: Plinio en su panegírico de Trajano reconoce, que solo á la Divinidad debió el mundo tan excelente Príncipe. Segun los anales de todos los pueblos, la Providencia no se limitaba á la vida de los hombres sobre la tierra, sino tambien principalmente á la vida futura; asi es que los Dioses

tenian preparado un *averno* para los malos, unos *campos Eliseos* para los buenos, y unos *campos lugentes* como un lugar de *espiacion* (1).

Pero aunque el Cielo y el género humano callasen, el estudio profundo y filosófico de la historia nos haria descubrir una Providencia que arregla y dispone la suerte de los imperios.

Cuanto ha sucedido en el universo no es sino el cumplimiento de la palabra de Dios. La historia de los hombres no es sino la historia de un hombre; el primer hijo de las generaciones formado por la mano del Criador, animado por su sopro vivificante; hombre caido, hombre rehabilitado, hombre redimido con toda su raza; raza que comprende á todos los pueblos que fueron, á todos los que son, y todos los que vendrán despues de nosotros. La historia de este hombre y de esta raza no es sino la historia de la Providencia de Dios, que va llevando á todas las generaciones al pie de la Cruz de Jesucristo, y que unas despues de otras va llamando á la adoracion de Jesucristo. Si el ojo terreno y superficial no ve mas que el levantamiento y caida de razas sobre razas, pueblos sobre pueblos, é imperios sobre imperios, la aparicion y desaparicion de los Egipcios, Babilonios, Persas, Griegos, Romanos, y Bárbaros; el Águila de Meaux vé que ese largo encadenamiento de causas que hacen y deshacen imperios depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. El que no quiere admitir la intervencion de Dios en la historia, jamás sabrá explicarnos el menor hecho histórico; asi como el

(1). El infierno, el Cielo y el Purgatorio han sido reconocidos en todos tiempos, y por todos los pueblos; los que impugnan estas verdades católicas, debieran explicarnos como en todas las religiones se halla el dogma de la vida futura con aquellos tres estados.

que no admite la existencia de Dios, es incapaz de explicarnos la existencia de un átomo. Los designios de los reyes y conquistadores, las abominaciones de las ciudades, los caminos tortuosos de la política y diplomacia; el cambio de los corazones por el hilo secreto de las pasiones; las agitaciones é inquietudes que se apoderan á veces de los pueblos; las transmutaciones del poder del Rey al vasallo, del noble al plevayo, y del rico al pobre, todos estos resortes os serán incomprendibles, sino asistis, por decirlo así, al consejo del Altísimo con los diversos espíritus de fuerza, prudencia, flaqueza, y error que suele enviar á las naciones que quiere salvar ó perder. La Providencia divina es la basa, el único criterio histórico que conocemos. La Providencia es la que nos descubre la enredada trama de la historia universal.

El que no ve mas que el engrandecimiento de Nino y Semiramis en Nínive y Babilonia, la sagacidad de Ciro en Écbatana, el poder de Sesostris, los Faraones y Tolomeos en Egipto, las conquistas de Alejandro en el Gránico hasta las orillas del Ganjes; la pujante dominacion de Roma en el mundo conocido, ni siquiera sabe deletrear la historia: el ojo filosófico, escudriñador, y verdaderamente histórico no encuentra en la tierra explicacion á estas transformaciones; desprecia los documentos archivados en la tierra, búscalos en el Cielo, y allí los halla, y encuentra la eternidad en el fondo de la historia de los tiempos; ve á Dios; vé la Providencia de Dios, que llama á Ciro para que caiga sobre Babilonia, y á Alejandro para que disipe los ejércitos de los Persas, y á los soldados romanos para que preparen el reinado de Jesucristo, y las águilas romanas para que señalen á las gentes el ca-

mino de su salvacion; y colocado el observador en el cielo donde contempla las escenas de la tierra, ve hormiguear las naciones abismadas en la idolatría, distinguiendo un pueblo reducido que perpetúa la tradicion sagrada, y que este pueblo y aquellas naciones tienden sus brazos hacia el *Esperado*, y cayendo todos en la tumba unos despues de otros, todos contribuyen al imperio de Jesucristo. Si: desde la cuna del mundo colocada en la cumbre del paraíso, hasta la cruz levantada en la cresta del calvario, todo lo refiere la Providencia á preparar el trono de Jesucristo; desde que Jesucristo fué levantado en alto hasta que baje en un carro de nubes estrelladas, la divina Providencia por caminos ignorados va dilatando las glorias de su Hijo, y confundiendo siempre á los hombres orgullosos.

En el tiempo en que murió Jesucristo, Roma era la Señora del universo: todo pueblo curvaba su cerviz ante esta Reina de las Naciones, y Roma no veía en sus fronteras sino soledades: juzgó por lo tanto que nada tenia que temer; y sin embargo, el todo poderoso reunió en aquellos campos desiertos el ejército de las naciones. Impelidos los bárbaros como las olas del mar se precipitaron á carrera tendida. Conducialos un instinto milagroso: cuando carecian de guías, servianles de tales las fieras de los bosques. Oyeron una voz en los Cielos que los llamaba del Septentrion y del Medio dia, de Poniente y de Levante. Quiénes fueron? Solo Dios sabe sus verdaderos nombres. Tan desconocidos como los desiertos de donde salian, ignoraban de donde venian, pero sabian á donde se encaminaban: marchaban al capitolio, convocados, segun decian, á la destruccion del Imperio romano, como á un banquete.

El mismo brazo que levantaba las naciones del Polo, arrojaba las hordas de los tartaros de las fronteras de la China convocadas á la cita. Mientras que Neron derramaba la primera sangre cristiana en Roma, los ascendientes de Atila caminaban silenciosamente por los bosques, acabando de cerrar en un círculo de pueblos vengadores, á los Dioses que habian invadido el Cielo, y á los romanos que habian oprimido la tierra.

Podríamos hacer resaltar la accion visible de la Providencia en cada uno de los siglos que sucedieron á los cuatro primeros que acabamos de contemplar: nos contentaremos sin embargo con citar algunos hechos providenciales de los últimos tiempos.

Son por ventura causas ordinarias las que en el curso de algunos años han producido tantos cambios, han destronado tantos reyes, han frustrado tantas esperanzas, han hecho tantas víctimas, han levantado tantas repúblicas, han producido tantos vértigos, han desbaratado tantas tramas, y desmentido tantos cálculos? Por todas partes corre en arroyos la sangre criminal: las instituciones antiguas se borran de la memoria. En vano se cansarán los publicistas en buscar causas humanas de todos estos hechos; el que atentamente estudia la historia descubrirá la mano de Dios; Reyes..... nobleza..... sacerdocio..... pueblos..... revolucion francesa..... revolucion española..... revolucion italiana..... revolucion alemana..... revolucion europea..... Luis XVI..... Mirabeau..... Danton..... Robespierre..... Marat..... Napoleon..... Carlos X..... Luis Felipe..... quien no descubra en estos acontecimientos y sobre estos personajes la divina Providencia, no sabe leer la historia.

Los contrastes , las catástrofes ,

las peripecias que se han ido sucediendo no tienen otra explicacion que la divina Providencia. Pero como en ninguno de los que hemos referido se manifiesta la accion inmediata y directa de Dios, vamos á coronar nuestras pruebas con algunos de esta clase, en los que se vea, se toque la intervencion personal de Dios, sin que quede otro medio para explicarlos. Rogamos al lector fije en ellos la atencion, para que si le ocurre llame la del Deista que negase la Providencia.

Desde que ha habido hombres, han hablado los hombres: el género humano siempre ha hablado; no se ha reconocido un pueblo mudo: luego Dios ha enseñado á hablar á los primeros hombres, y por consecuencia ha intervenido personalmente en favor de la humanidad. Grandes filósofos son de parecer, que el hombre jamas ha podido inventar la palabra, de aquí inferen la necesidad de la revelacion de ella; pero aunque no se admita esta opinion, convienen todos en que para inventar y fijar un imperfecto idioma se necesitan siglos; si pues jamàs ha existido el hombre sin idioma alguno, es forzoso confesar, que Dios intervino en la formacion del lenguaje primitivo.

No es sola la Sagrada escritura la que habla del cataclismo universal que sufrió el globo terraqueo por la accion perturbadora de las aguas: es tambien la tradicion de todos los pueblos: y lo que debe tener mas peso para el Deista es, que los adelantos de la ciencia geológica deponen en favor de la narracion mosaica. Es pues indudable, que las aguas cubrieron violentamente la superficie del globo: Preguntemos ahora, quién es el que abrió las cataratas del cielo, y vertió los turbios mares sobre la tierra? Seguros estamos, que no se hallará en la natu-

raleza una fuerza bastante á producir aquella catástrofe: pero supongamos que fue un efecto preparado por causas naturales; se salva una dificultad, y se cae en otra mas grande. Cómo esplicar la sobrevivencia del género humano? quién se hubiera librado de la accion destructiva de las aguas? Admítase la Providencia de Dios, y todo queda perfectamente explicado. Dios ve la corrupcion de toda carne, y castiga toda carne con el diluvio; no quiere borrar de la haz de la tierra el género humano, previene á un Santo Patriarca los medios de salvarse del naufragio universal; he aqui la solución, no solo católica, sino filosófica, la única aceptable. La universalidad del diluvio, y la continuacion del género humano apesar de aquel terrible cataclismo, prueban evidentemente la accion directa y personal de Dios.

Pero donde mas brillante se ha manifestado esta Providencia es en el establecimiento y conservacion del cristianismo. Siendo este el objeto principal de nuestros estudios apolójticos, no nos detendremos ahora en probarla.

Solamente diremos, que la conservacion del Papado en estos últimos tiempos, apesar de tantos obstáculos como se han reunido alrededor de la Silla Pontifical, debe inspirar confianza al buen cristiano, y convencer al incrédulo de que serán impotentes todos sus esfuerzos contra la piedra angular sostenida por la mano de Dios. La eleccion de Pio VII, la libertad de Pio VII, el Pontificado de Pio VII son una apologia brillante de la Divina Providencia: en la eleccion, en la fuga, en la vuelta, en el Pontificado de Pio IX se manifiesta ostensiblemente la Divina Providencia: el que no la vea es un ciego, pues el género humano, la recta razon, y la historia pre-

dicen elocuentemente la Providencia.

Todo nos obliga á confesar que sobre los fenómenos constantes, universales y regulares que observamos en el órden fisico, hay un supremo Director, que envia aguilonos que barren las nubes del cielo, ó vientos delgados, que hagan destilarse suaves rocíos; que castiga las prevaricaciones humanas con guerras, pestes y hambres, y hace salir todos los dias el Sol que vivifica la naturaleza: que sobre los cálculos de la política y Diplomacia hay un supremo Soberano que tiene las riendas de los Imperios, dá y quita coronas, desbarata los planes mas bien meditados, y haciendo que se cruce un grano de arena, se desboque un caballo ó suba ó baje un poco mas la temperatura ocasiona transformaciones imprevistas: *Attingit á fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*

Seccion 2.ª

ASUNTOS MORALES.

SOBRE LA MENDICIDAD Y LOS MENDIGOS.

Con ningun fundamento se puede asegurar que hubiese en la antigüedad menos pordioseros que en nuestros dias, porque ahora la importuna insistencia de uno, y el sucederse al instante otro y despues otro, puede en esta parte parecernos el *non plus ultra*. Ya se sabe; las incomodidades que se experimentan, siempre parecen mas graves que las ya pasadas, ó que las que se leen ó se oyen. Pero si no se han aumentado notablemente los mendigos, es indudable que ha crecido so-

bremanera la mania de hablar, de disputar, de escribir acerca de ellos; de tal manera, que parece ser este asunto una de las mas grandes necesidades de nuestro tiempo. Sin contar los libros y disertaciones que exprofeso tratan de esta materia, apenas se hallará un tratado de economía política, que no dedique algunos capítulos á tan relevante objeto. No será pues, fuera del caso, que tambien nosotros nos ocupemos de ello, tanto mas, cuanto que no faltan algunos incautos que quisieran introducir algunas instituciones extranjeras, cuyas causas ignoran, sin atender á las ilaciones antilógicas, desnaturalizadas y aun crueles, de que podrán ser fecundas. Se verá por nuestras observaciones, que admitiendo la parte util de las nuevas invenciones filantrópicas, la razon y la justicia nos obligan á repudiar lo restante.

En primer lugar no sabemos, si al hablar los filantropos y economistas de la suerte de los mendigos, son impulsados por un sentimiento de compasion y piedad hacia ellos. Queremos suponerlo así, pero añadiendo, que es una mera suposicion nuestra: porque en sus escritos, ó nunca ó muy raras veces se hace mencion de este motivo. Los principales motivos que frecuentemente se aducen son, el separar de los espléndidos paseos tantos andrajosos, quitando de la vista aquellos semblantes flacos, aquellas cabezas desaliñadas, aquellas larvas ambulantes, mas semejantes á los muertos, que á los vivos; ademas, el impedir que los holgazanes se mantengan en el ocio, y se entreguen á vicios degradantes. De aqui infieren, que si de raiz se arrancase el público pordiosear, infaliblemente se conseguirian las ventajas opuestas á aquellos inconvenientes. Las Ciudades y los ciudadanos no se

verian contristados con el asqueroso aspecto de tantos bagamundos mendigos; los holgazanes se verian obligados á someterse á la ley universal del trabajo; esto, ademas de la ventaja social de disminuir el número de los seres improductivos, á los mismos mendigos les seria muy provechoso. Estas ventajas por nadie pueden ser desconocidas, y menos por nosotros. Mas es necesario ver, si hay medio de obtenerlas, sin tropezar con mayores daños. Y perjuicio mayor nos parece la lesion de la justicia. Nosotros que no queremos obtener aquellas ventajas por cualquier medio, y que juzgamos haber en el mundo males y calamidades mucho mas graves y amenazadoras, á las que se debiera buscar un remedio: nosotros, decimos, no estamos obligados á proponer aquellos medios; (aunque algo diremos) por ahora nos contentaremos con ver, si los que se han propuesto hasta aqui por los modernos filántropos, son ó no conformes á las eternas reglas de la equidad y la justicia.

El medio propuesto por los economistas como única y eficaz panacea para curar la mendicidad, es sencillísimo; y ciertamente no tiene el defecto de no poder enunciarse en pocas palabras. Verdad es que algunas veces toman el asunto *ab ovo*, y llegan á él por largos rodeos, y lo rebozan con la envoltura de muchas palabras, con el objeto de no presentarlo en toda su desnudez, y que no aparezca tan duro é inadmisibile. Nosotros, empero, no tenemos necesidad de guardar estas consideraciones; podemos, y vamos á decirlo como es en si. El medio, pues, es este. *Prohibir con toda severidad el pordiosear, sin permitirlo en caso alguno, como cualquiera otro acto ilícito.* El que fuere aprendido pidiendo, al instante sea conducido á reclu-

sion; si puede trabajar, se le obligue á ello; si fuese inútil para el trabajo, sea mantenido ó del erario público, ó de voluntarias limosnas; que siempre viene á ser del bolsillo de los particulares; por que solamente de este fondo se ha de mantener el erario, ó pueden salir las limosnas, no habiendo otra diferencia que la del modo ó tasa obligatoria ó de limosna.

Si se nos pregunta nuestro parecer acerca de este medio, no dudamos decir, que tenemos fuertes dudas sobre la licitud de aquella rigidísima y absoluta prohibicion, poco menos que si se tratase de robar ó matar. Porque, á quién hace injuria, qué derecho público ó privado quebranta el pobre que modestamente os estiende la mano para pedir os un ochavo, y si nada le dais, se retira, para estenderla á otro, esperando mejor fortuna? Ni se nos oponga el pordiosero que insulta, la turba que infesta, el ocioso, que con mentidas enfermedades os engaña para sacaros el dinero. Ya diremos despues algo sobre estas circunstancias: pero estas nada tienen que ver ahora con nuestra cuestion. La cuestion versa sobre el verdadero menesteroso, que no teniendo ningun otro medio para socorrer su necesidad, estiende la mano para pedir una limosna. Os doy de término un año, para que lo penséis, y estoy seguro que no hallareis por ningun lado ilícito aquel acto, ó lesivo de algun derecho, de modo que pueda ser prohibido por la autoridad pública. (1) Todo lo contrario

(1.) Se ha invocado por algunos el ejemplo de varios Sumos Pontífices que con rigurosas prohibiciones vedaron el pordiosar en Roma. En el siguiente artículo hablaremos de esto. Por ahora haremos observar, que aquellas prescripciones miraban tiempos y circunstancias particulares, en las que la prohibicion, no solo útil sino hasta necesaria puede ser; y que aquella prohibicion cayó en desuso al instante que cesaron las circunstancias.

os dictará la razon; por que nada mas natural, que cuando el hombre tiene alguna necesidad acuda á su semejante para que lo socorra: O querriais que acudiese á los espíritus ó á las bestias?

Lo hemos dicho, y no retiramos la palabra, por que antes de decirlo la hemos meditado y ponderado mucho: el mendigar con las condiciones citadas, es un verdadero derecho del menesteroso; y no creemos que este derecho merezca menos reverencia, por la sola razon de que el que lo tiene ande descalzo ó andrajoso. Al contrario, nos parece tanto mas merecedor de consideraciones, cuanto que de su ejercicio pende, no el pasear en carroza mas ó menos esplendida, no el habitar en casas mas ó menos suntuosas, sino la vida misma del que mendiga, y tal vez de algunos que no lo pueden hacer por si mismos.

Es increíble la multitud de lágrimas que ha hecho derramar en algunos puntos aquella ley desapiadada y rigidamente ejecutada. Los economistas pasan por cima de todo; por que las lágrimas y angustias de tantos abandonados son quisquillas que no suelen entrar en sus calculos, á no ser para separarlos de la vista de los que no tratan sino de gozar; pero nosotros que somos cristianos, debemos tener un cuidado mas esquisito de los pobres, aunque no fuese sino por reverencia á Jesucristo y su bendita Madre, que sino fueron mendigos, se hallaron muy próximos, como puede inferirse del *non habet ubi caput reclinat* y del *non erat ei locus in diversorio*.

Con respecto á la dificultad de poner en ejecucion semejante ley, y á las lamentables consecuencias de que podria ser fecunda, permítasenos citar lo que hemos leído en una relacion fi-

dedigna, y que sucedió no ha muchos años en Londres. En Londrés la ley que prohíbe mendigar es mas estrecha y rigurosa que en ninguna otra nacion; y esto por necesidad dolorosa. En Londres, sin embargo, esceptuando algunas comarcas mas espléndidas, se pide limosna, ni mas ni menos que como se hace en otros países: la diferencia consiste únicamente en hacerlo algo mas disimuladamente, y sobre todo, sabiendo escoger entre las personas á quienes se ha de pedir. En los cantones de los caminos, en sus encrucijadas, se ven muchos pobres escualidos y andrajosos, mas andrajosos que en cualquier otro país; permanecen allí de pies ó con una escoba en la mano en actitud de barrer el camino, ó con dos ó tres plumas, como si las quisiesen vender. Con ojo escudriñador y experimentado miran al rostro de los paseantes; y cuando en sus semblantes leen algun sentimiento de piedad, se acercan á su oído, y haciendo como que les ofrecen sus microscópicas mercancías, les dicen en voz baja: *una limosna por Dios: ya hace dos dias que no he tomado bocado*: y regularmente no lo dicen en vano.

Si entre nuestros lectores hubiese alguno que haya estado en Londres, y no se le hayan dirigido estas palabras, de temer es que en su semblante ninguna señal de piedad leyeron los pobres. *Los Policemen* los dejan obrar, cierran un ojo, cierran los dos, y aquella aperiencia de barrenderos ó quinquilleros con que se oculta la mendicidad, es bastante para ponerlos á cubierto. Pero desgraciado del mendigo, que fuese cogido en *fraganti!* inevitable seria su captura. Asi sucedió á una pobre mal encubierta, cuya desgracia hubiera conmovido en otros países todos los corazones; pero en In-

laterra, ya por la frecuencia de los casos, ya por la insigne insensibilidad del mayor número, pasó como desapercibido, y fue envuelto en aquel vortice incesante que envuelve y abisma tantos otros dolores.

Yacia moribundo en uno de los mas húmedos y oscuros subterráneos de Londres un pobrecito, asistido de su amada muger desolada, y de dos niños semidesnudos, que estaban acostados sobre un poco de paja en que yacia el moribundo. Este en sus últimos momentos manifestó á su compañera el deseo de gustar, no se qué refresco, ó dulce, para cuya compra no bastaba lo que habia en casa. La pobre muger, que miró como sagrado aquel último deseo de su marido, le ofreció que bien pronto quedaria satisfecho, pues ya sabia ella el medio de proporcionarle lo que apetecia. Salió de casa, y confiando en las sombras de la noche, refirió el caso á la primera persona que encontró, pidiendo limosna para salir de aquel apuro. Pero, ah! que aquel era uno de los oficiales destinados á librar á la gran Ciudad de la molestia de los mendigos. No fue necesario mas: la prendió desapiadadamente, y sin atender á sus lágrimas y gritos desesperados, la llevó á la oficina mas próxima de policia, donde fue milagro pudiera salir á la mañana siguiente. Cualquiera se figurará á donde se dirigiria aquella muger desconsolada, pero no se habrá figurado como terminó aquella tragedia. Encontró muerto al marido, pero que tenia dentro de la boca los dedos que rabiosamente se habia mordido, por haber creído con certeza haber sido burlado, abandonado, y vendido por su compañera.

No decimos, que semejantes espectáculos sean efectos necesarios y frecuentes de tales leyes: pero si deci-

mos, que los que las proponen y establecen debieran pensar en ello maduramente; y ciertamente, aun la sola remota probabilidad de semejantes espectáculos debería pesar mucho, tratándose de una prescripción que en nuestra hipótesis no tendría otro objeto, que el de quitarnos de la vista los pordioseros.

—Pero y el riesgo de que la mendicidad se convierta en un oficio, y que los malos trabajadores encuentren un sencillo y cómodo modo de vivir ociosos con todas las corruptelas que son inseparables de este género de vida, los fraudes, los engaños, y las ficiones, qué decis de estos perjuicios é inconvenientes?

No: no seremos nosotros quienes los neguemos. Mas antes de todo hemos querido hablar de la verdadera mendicidad, que nace del verdadero necesitado. Probado ya este primer punto, vamos á ocuparnos del segundo, respondiendo á lo que pudiera objetarse nos. En cuanto á la ociosidad, jamas podremos hacer su apología; la lloramos como uno de los vicios generadores de otros vicios, bien persuadidos de que para un demonio que tienta al hombre ocupado, hay legiones de ellos que tientan al ocioso. Sin embargo, considerando la ociosidad en si misma, y prescindiendo de los medios con que se mantiene, y de las viciosas costumbres de que puede ser raiz, no la creemos tan grande pecado sócial, que merezca ser registrado en los códigos, reprimido con penas afflictivas, ni castigado con prision. En todo caso, si la Autoridad civil juzgase conveniente perseguir á los ociosos, la aconsejaríamos que los buscasse, no tanto bajo los harapos de los pordioseros que cuando menos algo tienen que hacer para encontrar los sitios mas seguros, y évitár los concurrentes mas peligrosos, sino

que los buscasen en las doradas casas de algunos ricos, en el confuso tropel del café y de los juegos ruinosos. Y si el castigo de la ociosidad hubiera de ser la cárcel, creemos que una buena sesta parte de las ciudades, tendrían que sufrir esta pena. En esta segunda generacion de ociosos, la ociosidad es tanto mas fecunda en vicios, cuanto que tienen mas medios de satisfacerlos; y no alcanzamos porque los economistas pintan con tan negros colores la corruptela de los pordioseros por su vida holgazana, sin decir nada de las mismas corruptelas, que seguramente deben originarse de la ociosidad de los no mendigos. Si por una rara fortuna, algun mendigo llegase á recoger 20 rs. diarios, y con esto viviese con mucha comodidad; preguntaremos, porqué razon intrínseca la vida de este se habia de viciar mas que la de otro que con treinta duros de renta al mes, viviese tambien ocioso? Diráse que hay grande diferencia entre el que vive de lo suyo, y entre el que trafica con la credulidad de los demás, y miente y finge enfermedades para sacar las limosnas. Tambien nosotros lo decimos; pero añadiendo, que esta cuestion última versa sobre los medios con que se ha de sostener la vida ociosa, que ciertamente en nuestro caso se diferencian lo que el cielo de la tierra. Mas considerada la vida ociosa por si misma, volvemos á decir, que no hay motivo especial para que sea menos peligrosa á quien tiene una renta fija, que al que la mantiene de la piedad pública. Si insistis en la iniquidad de los medios; oh! En esto convendremos en reprobarlos, y deseáramos verlos estirpados. Pero la consecuencia que se saca de prohibir universalmente el mendigar, nunca podremos aceptarla: y aun el que la propone, debiera hacerla algo mas la-

ta, y algo mas estrecha. Nos esplicamos: Deberia en primer lugar hacerse mas estensiva; pues nos parece que en este mundo sean solo los mendigos los que han concebido el cómodo pensamiento de vivir á espensas del prógimo, valiéndose de mentiras, fraudes y ficciones algun tanto encubiertas se entiende, para no aparecer criminales. El mendigo que dice estar en ayunas ya dos dias con el objeto de comer á costa de vuestro bolsillo, ¿en qué se diferencia del comerciante que jura y perjura que lo que le vas á comprar es de París ó Londres, y lo hace pagar una tercera parte mas de su justo precio? La sola diferencia que vemos es, que en el primer caso el mérito de vuestra buena obra, en nada pierde de valor por la mentira agena; y si lo hicisteis por amor de Dios es infalible la retribucion; cuando en el segundo, ademas del perjuicio, quedais con el escozor de haber sido burlado. Mas considerado el engaño por si mismo, si en el caso del comerciante, los economistas no creen que se deba mezclar el Gobierno, pudiendo bastar la vista de cada uno para no dejarse engañar; lo mismo deberia pensarse en el caso de la necesidad falsa, pudiendo cada uno descubrir el engaño. Esto no obstante, confesamos que los fraudes de algunos mendigos llevan consigo esta especial malicia, á saber, que pudiendo ser el pobre falso mas impudente y socorrido que el verdadero, apaga en gran parte el sentimiento de la caridad; por cuya razon, y por la razon general de fraude, sobre todo cuando es pública y habitual, juzgamos, que la autoridad debe procurar los medios de impedir la y castigarla, como se castigan ó se deberian castigar los defraudadores públicos.

Y he aquí porque deciamos que la consecuencia que quieren deducir los

economistas debe limitarse. Porque no es la mas estraña de las inconsecuencias: entre los mendigos hay algunos que fingen una necesidad que no tienen para pasar una vida ociosa; luego á todos se debe prohibir el pedir limosna? Es como si se digera: entre los médicos hay algunos charlatanes impostores; entre los abogados se encuentran algunos rabulas embusteros y trapisondistas, luego todos los médicos y abogados deben ser recludos, é impedirseles el ministerio. Si esta medida aplicada á los profesores de estas nobles facultades os parece injusta; por qué ha de ser justa aplicada á los pordioseros? Bien conocemos que no es facil distinguir el verdadero del falso necesitado: pero somos de opinion, que podria conseguirse, si se tomase la providencia de que los que hubiesen de pedir limosna habitualmente sacasen un atestado de su párroco, que asegurase, que tal persona se halla en verdadera necesidad, sin tener otro modo de subsistir; principalmente si este atestado se hiciese renovar todos los meses.

El que tenga alguna familiaridad con las familias pobres y ha visto sus dolores y privaciones, sabe, que una enfermedad, una subida en el precio del pan, la falta de trabajo, ó alguna otra calamidad imprevista, puede precizarles de un momento á otro y solo temporalmente á mendigar. Y son tales las desgracias á que podria abrir la puerta una prohibicion universal, que en comparacion de ellas nos parece cosa leve el abuso que algunos holgazanes podrian hacer.

Añaden los economistas, que los pobres deberian recogerse en algunos asilos ó *Depósitos de mendicidad*, y nos los prescriben y describen espaciosos, limpios, bien ventilados, bien provistos; de tal modo, que los recogidos ten-

gan todas las conveniencias posibles á su condicion.

Está bien: reponemos nosotros. Pero aun admitiendo los depósitos como se nos prescriben y describen, no podrá suceder que algun mendigo no quiera entrar en ellos? En esta hipotesis; el llevarlos y tenerlos allí contra su voluntad, seria tenerlos en una verdadera prision. La razon de cárcel no consiste en que el albergue sea pobre y desaliñado; la razon de cárcel está, en ser detenida una persona en algun punto á la fuerza y apesar suyo: el encerrarme contra mi voluntad en un palacio, no seria para mi menor prision que si me encerrasen en una choza. Será cárcel espléndida, perfectamente amueblada, dorada si quereis, pero siempre será cárcel. No podria tambien suceder, que el mendigo tubiese amor especial á la propia aldea, á la familia, á los hábitos domésticos, y á alguna persona, y aun estar ligado por estrechos deberes? Y en estos casos, con qué derecho pretendéis tenerlos por fuerza y amontonarlos en grandes Depósitos? O creéis, que por que un pobre se vea precisado á mendigar, ya debe renunciar á tener muger, una hermana, un hijo, en cuyas castas afecciones encontraria quizás una recompensa á tantas injurias de la fortuna? Este daño, ó cuando menos peligro es tanto mayor, cuanto que no pudiendo establecerse los *depósitos* en cada lugar, sino es que por necesidad han de establecerse en la capital ó mayores ciudades, el mayor número de los recogidos serian estraños los unos á los otros, y perderian no solo la familia, sino la patria.

Pero si los *depósitos* fuesen, no diremos cuales los hemos supuesto hasta aquí, mas al menos suficientemente provistos segun el objeto á que son destinados; aun confiaríamos que mu-

chos irian voluntariamente; y de este modo, disminuida la clase de los mendigos fingidos, seria apenas notable la mendicidad. Mas con pocas escepciones, los mendigos manifiestan una repugnancia insuperable á semejantes depósitos. En algunos podrá proceder de la aversion á una vida disciplinada, en otros por afecciones domésticas; pero el mayor número creemos manifiesta esta repugnancia, por no hallar en ellos el alimento y demas cosas necesarias á una criatura humana. Decimos esto particularmente de los países heterodoxos, de los cuales se nos quiere importar no solo la institucion de los depósitos, sino el modo de dirigirlos.

Por otra parte, de dónde se han de sacar los medios para alimentar á los recogidos en los depósitos? Se nos dará la sempiterna y obligada respuesta, que suele darse en semejantes casos. El Gobierno, el Estado, el Erario público, la Provincia, el Municipio. Mas todos estos entes abstractos no tienen otros fondos que los bolsillos de los particulares: así que, por último resultado los pobres deberán estar á cargo de todos indistintamente; y si no nos engañamos mucho, en esta igualdad que á algunos podria parecer equitativa, vemos nosotros una injusta desigualdad. La razon natural y el precepto evangélico prescriben, que lo superfluo del rico sirva para aliviar la necesidad del pobre. Ahora pues, las tasas y contribuciones públicas se imponen no á medida del superfluo, sino del haber. Ultimamente: siendo la obligacion de la limosna relativa al superfluo del que debe hacerla, indispensable es que el juicio de esto se deje á la conciencia de cada uno, sin que la Autoridad pública pueda entrometerse en ello: teniendo si, el derecho de prescribir

contribuciones, pero no el de prescribir limosnas.

De lo que hemos dicho hasta aqui, juzgamos inferirse como ciertos los puntos siguientes.

1.º El pedir limosna, faltando todo otro medio de pasar la vida, no es cosa por si misma ilícita; por lo tanto, no se puede con justicia prohibir universal y absolutamente.

2.º Es indudable que la pública Autoridad puede velar, é impedir que los ociosos, bajo fingidos pretextos vayan engañando la caridad pública.

3.º Es útil abrir asilos de caridad, pero mantenidos de donaciones, legados, testamentos y ofertas espontáneas, para recoger y socorrer en ellos á los verdaderos necesitados, que voluntariamente quisieran aprovecharse de sus beneficios.

4.º Siendo el pedir limosna un verdadero derecho, podrá regularse el uso de este derecho en ciertos lugares, tiempos &c. como se regula el uso de cualquier otro derecho civil.

5.º Cuando el uso de aquel derecho por circunstancias extraordinarias, llegase á producir un peligro público, ó de hecho produgese algun daño, se podria prohibir temporalmente, proveyendo al socorro del necesitado por otras vias.

Con respecto á esta materia se podrian decir otras muchas cosas: algunas de ellas reservamos para el artículo siguiente.

Seccion 3.ª

ESTUDIOS CIENTIFICO-LITERARIOS.

LA NUEVA NIGROMANCIA.

(Conclusion.)

Segun habrán observado nuestros

lectores, de todo lo que hasta aqui hemos dicho, aparece, que entre todas las hipótesis y teorías, que se han es cogitado para esplicar naturalmente los fenómenos conocidos bajo el nombre de espiritualismo americano, no hay una que sea suficiente á esplicarlos todos. La impostura, la exageración, las alucinaciones ciertamente habrán fingido muchos de estos hechos; pero descartados estos, restan muchísimos, cuya realidad no se puede negar sin reusar toda fe al testimonio de los sentidos, y autoridad humana. Una parte de estos puede esplicarse con la teoría mecánica, ó mecánico fisiológica; queda empero, un número mayor, que no pueden esplicarse con esta hipótesis. Tales son todos aquellos fenómenos en los que ó los efectos producidos superan la intensidad de la potencia mecánica, como son los movimientos violentos de moles pesadísimas al solo contacto ó presión de las manos; ó cuando los efectos y movimientos se producen sin contacto y por consiguiente sin impulso mecánico, ó finalmente cuando los efectos son tales, que manifiestan en quien los produce una inteligencia y voluntad distintas de las de los experimentadores.

Para esplicar estos tres órdenes de efectos, nos queda la teoria del magnetismo: mas por mucho que queramos concederle, aun cuando á ojos cerrados se admitiesen las gratuitas hipótesis en que se funda, todos los errores y absurdos que la acompañan, todos los portentos que se atribuyen á la voluntad humana, al fluido nervo, ó cualquiera que sea el agente magnético; jamas la teoría magnética podrá esplicar con sus principios, cómo una mesa magnetizada por *el médium*, manifiesta en sus movimientos una inteligencia y voluntad propias;

esto es, distintas y tal vez contrarias y superiores á la inteligencia y voluntad del *medium*.

Pues cómo se esplican estos fenómenos? Recurrirémos tambien nosotros á causas ocultas, y fuerzas desconocidas de la naturaleza? A nuevos é imprevisos desarrollos de facultades y de leyes que hasta el presente hayan estado como durmiendo en el seno de la creacion? Esto equivaldria á confesar abiertamente nuestra propia ignorancia, y dejar el problema en el estado en que se hallan tantos otros enigmas cuyo nudo ni ha sabido ni sabrá desatar el pobre entendimiento humano. Y efectivamente, no nos avergonzamos de confesar nuestra ignorancia con respecto á algunos de los ya dichos fenómenos, cuya naturaleza es tan ambigua y oscura, que el partido mas sabio nos parece ser el de nada resolver. Pero hay otros, y son los mas sorprendentes cuya solucion no nos parece tan difícil.

Suponemos que son ciertos algunos de estos hechos por la razon que tantas veces hemos indicado, de atestiguarlos innumerables personas graves y fidedignas. Ni el Amigo de la religion ni el Universo, ni la Civilizacion Católica, periódicos como saben nuestros lectores de ilustracion y recto criterio, dudan de estos hechos, y si nosotros no los hubiéramos visto confirmados por tan respetables autoridades, y tan crecido número de testigos, hubiéramos negado los hechos superiores á las fuerzas naturales, atribuyéndolos á imposturas. Suponiéndolos pues verdaderos: he aqui nuestra opinion conforme con el espíritu de la Iglesia.

Los últimos fenómenos en cuestion, no encuentran solucion en el círculo de las causas naturales; pues por qué no la hemos de buscar entre las ultranaturales?

Se nos opondrá acaso la dificultad que suelen oponer los nuevos escépticos y racionalistas, diciendo en este como en otros casos: qué jamas se podrá determinar hasta donde se estenden las fuerzas de la naturaleza, que es infinito el campo que está por descubrir en la ciencia fisica, que nadie conoce los límites del órden natural, y por lo tanto que no se puede indicar con precision donde comienza el órden de las cosas ultranaturales. Facil nos parece la respuesta á esta dificultad. Concedemos que nadie es capaz de señalar la línea precisa que divide el órden natural y sobrenatural; pero de aqui no se sigue, que no se puede definir con certeza, si un efecto dado pertenece al uno ó al otro de aquellos dos órdenes. ¿Quién puede distinguir en el arco-iris los límites precisos donde acaba un color, y comienza el que le sigue? Quién podrá determinar el instante exacto en que muere el dia y nace la noche? Mas habrá alguno tan estúpido que de aqui infiera, que no se puede saber si tal zona del iris es roja ó azul, si cuando el sol se halla en el zenit del espectador es de dia ó de noche? Y esto por la sencillísima razon, que para conocer la indole de un efecto no es necesario pasar por los límites donde comienza ó acaba la categoría á que pertenece, sino es que basta ver si tiene los caracteres propios de aquella categoría.

Lo mismo sucede en nuestro caso. No sabemos hasta donde llegan las fuerzas de la naturaleza: pero, dado un hecho, podemos muchas veces conocer que es sobrenatural, y para no salir de nuestro problema, entre los fenómenos de las mesas parlantes hay algunos en que los caracteres sobrenaturales son manifiestos. Tales son todos aquellos en los que el agente que mueve las mesas obra como causa in-

teligente y libre, y al mismo tiempo ostenta una inteligencia y voluntad propia, esto es, superior ó contraria á la inteligencia y voluntad humana, bien de los *mediums* y de los experimentadores, ó bien los espectadores. En estos casos (siempre que su verdad no pueda negarse) fuerza es admitir que aquel agente debe ser un espíritu, y espíritu no humano.

Y tales son precisamente aquellos fenómenos, que como decíamos hace poco, han resistido á cualquiera otra teoría fundada sobre principios meramente naturales. Admitiendo esta última sobrenatural, los fenómenos sencilla y claramente se esplican; porque nadie ignora, que la accion de los espíritus puros sobre la materia supera muchísimo á la accion y fuerza humana; y no hay prodigio entre los que se cuentan de la moderna nigromancia, que no pueda atribuirse á su virtud.

Bien sabemos, que al vernos recurrir á los espíritus para esplicar aquellos fenómenos, no pocos se sonreirán desdeñosamente. Sin hablar de aquellos que como buenos materialistas no creen en los espíritus, y rechazan como fábulas y quimeras todo lo que no es materia palpable, ni de aquellos que admitiendo la existencia de los espíritus, les niegan toda influencia é intervencion en nuestro mundo sensible; fuera de estos, decimos, hay muchos en el dia, que aun cuando conceden lo que ningun buen católico puede negar, esto es, la existencia é intervencion de los espíritus, parecen desmentir en la práctica esta creencia, y tienen por supersticion mugeril el admitir en ningun caso particular las operaciones de los espíritus, contentándose con no negarlas en general. Y ciertamente, de un siglo á esta parte se ha declamado tanto contra la ignorante credulidad de la edad media, que en todas partes

veia espíritus y hadas y brujas; que no debe estrañar si muchas cabezas débiles que desean aparecer fuertes se averguencen de creer en la intervencion de los espíritus. Este esceso de incredulidad no es menos irracional de lo que fué en otros tiempos el esceso contrario: si la demasiada credulidad conduce á varias supersticiones, la absoluta incredulidad puede declinar hacia la impiedad del naturalismo. El hombre sabio y discreto, y el cristiano prudente debe igualmente evitar los dos extremos. Y cual es en nuestro caso de las mesas parlantes el partido que aconseja la prudencia?

La primera y sapientísima regla de esta prudencia es, que no se acepte una causa extraordinaria ó ultranatural para esplicar los fenómenos, sino cuando no basten las naturales; por el contrario, cuando las causas naturales sean insuficientes, deben necesariamente admitirse las sobrenaturales. Y este es precisamente nuestro caso. En efecto; entre los fenómenos en cuestion hay algunos, de los que como ya hemos probado, ninguna causa natural puede dar razon. Es pues, no solo prudente, sino necesario buscarla en aquel orden que es ultranatural, ó en otros términos, atribuirla á los espíritus puros, puesto que sobre la naturaleza no existen otras causas que los puros espíritus.

Otra regla y criterio infalible para juzgar de un efecto es examinar los caracteres que manifiesta, é inferir de estos la indole de la causa. Ahora bien: aquellos efectos mas maravillosos que ninguna otra teoría sabe esplicar, tienen tales caracteres, que manifiestamente prueban una causa no solo inteligente y libre, sino dotada de una inteligencia y voluntad no humana. Luego esta causa solo puede ser un espíritu puro.

Así, por un doble camino, el uno indirecto y negativo, esto es, por esclusión, y otro directo y positivo, fundado sobre la misma naturaleza de los hechos, llegamos á la misma conclusión; esto es; haber entre los hechos de la moderna Nigromancia una clase al menos de fenómenos, que indudablemente son causados por los espíritus. Hemos llegado á esta conclusión con tal fuerza de raciocinio, que lejos de haber sido conducidos por una imprudente credulidad, nos parecería inexcusable incoherencia el no aceptarla. Ni nos faltarian otros argumentos para confirmar nuestro dictamen, si la brevedad que nos hemos impuesto, lo consintiese. Pero basta lo ya dicho; la suma de lo cual puede reducirse á los siguientes capítulos. 1.º Sobre todos los hechos que se cuentan de la moderna nigromancia, hecho el debido descuento, que racionalmente se puede atribuir á impostura, á alucinaciones y exageraciones, quedan muchos cuya verdad no puede negarse, sin violar todas las leyes de la sana crítica. 2.º Para explicar adecuada y satisfactoriamente estos hechos, todas las teorías naturales espuestas son insuficientes, por cuanto si esplican algunos, dejan muchos y los mas difíciles sin explicar, y por ellas son inexplicables. 3.º Estos últimos, manifestando una causa inteligente no humana, no se pueden explicar sino atribuyéndolos á los espíritus. 4.º Finalmente todos los hechos pueden distinguirse en cuatro clases. Muchos deben rechazarse como falsos ó fingidos; algunos, y estos los mas sencillos y fáciles como el girar de las mesitas en ciertas circunstancias, admiten una explicación meramente natural, por ejemplo, los impulsos mecánicos. Otros mas extraordinarios y misteriosos son dudosos, por que si bien parece superan las fuerzas

de la naturaleza, no tienen sin embargo aquellos caracteres que evidentemente exijan una causa ultranatural. Otros por último, presentando manifestos estos caracteres, deben atribuirse á invisible operacion de espíritus puros.

Pero qué espíritus serán estos? buenos ó malos? ángeles ó demonios? almas de bienaventurados ó de réprobos? La respuesta á esta última parte de nuestro problema no puede ser dudosa, por poco que se considere por una parte la índole de los espíritus, y por otra los caracteres de sus manifestaciones en la moderna Nigromancia. La malicia de las doctrinas que enseñan, doctrinas impías, inmorales, blasfemas y siempre mas ó menos hostiles á la Iglesia Católica; el horror que manifiestan á las cosas santas, y finalmente los frutos que su práctica ha producido de suicidios, discordias domésticas, delitos y toda clase de desgracias: todos estos son caracteres, que mientras de un lado repugnan á la nobleza y santidad de los espíritus buenos, y á todo lo que las Santas Escrituras y los fastos de la Iglesia nos cuentan de ellos, convienen por otro á la perversa naturaleza de los malos.

Añádase á esto la cualidad de las simpatías que estas manifestaciones han despertado en el mundo; señal oportunísima para juzgar la índole de los espíritus que las gobiernan. Porque el antagonismo eterno que existe entre la ciudad de Dios y la ciudad del diablo, como las llama San Agustín, esto es, entre la sociedad de todos los buenos y la sociedad de todos los malos, se revela tambien, fuera de otras mil señales, por el contraste de sus amores; y así como los buenos universalmente aman como por instinto moral lo que es bueno y viene de Dios ó de sus ángeles, así los malos, impulsados

por su inicuo instinto siguen todo lo malo; apliquemos ahora esta regla: las ya dichas manifestaciones de las mesas y de los espíritus, dónde nacieron? Dónde han encontrado mayores simpatías? Dónde estuvieron y están todavía en mayor crédito? Quiénes son sus admiradores, sus defensores y secuaces mas ardientes? Y por el contrario, dónde han sido rechazadas, condenadas ó tenidas al menos por muy sospechosas? La América, como todos saben, patria de todas las sectas, y de todas las locuras religiosas, fué tambien y es la patria de la Nigromancia moderna. En Europa, sus partidarios mas ardientes y tenaces son aquellos que no tienen religion alguna, ó es falsa la que tienen, ó si es buena, en cuanto á la práctica son como sino la tuvieran. Entre los buenos católicos las mesas y los espíritus tuvieron muy mala fortuna. Despues de las primeras é inocentes experiencias de las mesas giratorias, se engendró en su ánimo tal desconfianza, que se hicieron un cargo de conciencia el entretenerse en semejante asunto. Muchos Obispos, especialmente en Francia y América, levantaron al instante su autorizada voz para condenarlas y prohibirlas, calificándolas de prácticas, sino abiertamente impías y diabólicas, al menos gravemente sospechosas, peligrosas y contrarias á las leyes de Dios y de la Iglesia que prohiben, no solo las evocaciones de los muertos y todo comercio con los espíritus de las tinieblas, sino tambien cualquiera tentativa ó práctica, que conduzca ó aquel fin. A las voces de los Obispos hicieron eco muchos escritores de ferviente catolicismo, muy dignos de consideracion por su virtud y por su ilustracion.

Habiendo probado que los espíritus de las mesas son espíritus negros y malos, vamos á responder á algunas di-

ficultades que se oponen á la intervencion de los espíritus en los fenómenos de las mesas parlantes.

Oigamos en primer lugar al señor Babinet, que pregunta: *admitiendo que el motor de las mesas fuese un espíritu, se está en la seguridad de que un espíritu, cosa mirada en general como muy ligera y poco compacta, tendrá bastante fuerza, bastante impulsión, bastante choque para mover una pesada mesa?*

Risum teneatis amici! Quién habia de esperar de un *sabio* de tanta fama una falta, un absurdo tan *remarcable*? El que hace mover *una pesada mesa* solamente con sus impulsos imperceptibles y nacientes de los musculos, teme que los espíritus no tengan fuerza de choque y de impulso suficiente para hacer lo que hacen aquellos! Y porque? Porque son cosa ligerisima y tenuisima; acaso *un gas* (dice él) *un vapor, un viento, un fluido, un eter* ó que se yo. Pero el *docto fisico* no ha debido desmentir los impulsos y fuertes movimientos que los fluidos, aunque sutilisimos, producen todos los dias en la materia mas maciza. Quién ignora los efectos dinamicos del fluido eléctrico y magnético, de los vapores, de los vientos, de los gases, cosas todas *muy ligeras, y muy poco compactas*? Lo peor está en creer, que los espíritus son materia, por fluida y tenue que se la imagine, y suponer que sola la materia puede imprimir el movimiento en otra materia. El primer error es un puro materialismo; el segundo, que se diferencia poco, haria inesplicable el movimiento del universo, sino se quiere admitir el absurdo de una materia, y un movimiento eterno. El principio del movimiento no se puede explicar sino remontándose á una causa meramente espiritual: y aunque sea desconocido el modo con que el espíritu mueve la materia, es indudable que la

mueve. No tenemos en nosotros mismos la experiencia de esto? Nuestra alma, que es un espíritu puro, no dá continuamente el movimiento y la vida á todos nuestros miembros?

Menos irracional es la dificultad que con Litreé oponen otros, sacada, no de la impotencia de los espíritus, como Babinet, sino de su poder sobrehumano. Si son espíritus, dicen, si son demonios, esto es, aquellos seres *inmateriales y poderosos á los que nada se oculta, y nada es imposible, dén pruebas de su poder y sabiduría: pero no sucede así, sino que todo se limita á pobres manifestaciones, y no saben mas que remover muebles, desquiciar puertas y ventanas, producir sonidos y luces.*

La respuesta á esta dificultad es muy sencilla: los espíritus infernales tienen ciertamente un poder y una sabiduría sobre humana, y tal, que es suficiente á obrar no verdaderos milagros, pero si muchos efectos portentosos y admirables: mas tambien es cierto, que se hallan encadenados, y no pueden sino lo que Dios les permite: y Dios por aquella sabia providencia con que gobierna el mundo, y especialmente al hombre, no les suele permitir ni que revelen los grandes arcanos de la naturaleza, ni que obren prodigios ilustres. Esta conducta de la Providencia se manifiesta en las sagradas escrituras, y en las mas auténticas historias. Los demonios de que nos hablan los Evangelhos no daban señales de un poder y sabiduría muy superior, atormentando á los posesos, volviéndolos mudos y sordos, haciéndolos caer al agua ó al fuego, y poniendo en sus bocas gritos y lamentos espantosos: ni aquella legión entera de Diablos que poseian al infeliz Geraseno, dió señales de un poder maravilloso. Y sin embargo; quién

puede negar que aquellos fuesen verdaderos demonios sin negar el Evangelio?

Finalmente hay algunos buenos católicos que, para defender su tenacidad en no creer la intervencion de los espíritus, dicen: El admitir hoy toda esta invasion de los espíritus infernales es injurioso á Jesucristo, y á su redencion. *Si in hoc apparuit ut dissolvat opera diavoli*, como puede creerse que despues de su venida, el demonio egercite todavia su poder y engañe así á los hombres?

Respondemos, que este argumento tomado en el sentido de los contrarios probaria demasiado; pues probaria, que despues de la venida de Jesucristo el demonio ha perdido en el mundo todo imperio y eficacia de seducción, lo que niugun católico puede admitir, sin condenar como inútiles y absurdos los exorcismos de la Iglesia y el órden de los exorcistas que forma uno de los grados menores de su gerarquía, y sin borrar del nuevo testamento todas aquellas profecías que atribuyen á los principes de las tinieblas tan grande poder de falsos prodigios, especialmente en los últimos tiempos del mundo á los que nosotros sin duda alguna estamos mas próximos que nuestros antepasados. El testo pues de S. Juan y la eficacia de la redencion de Jesucristo contra el poder diabólico se ha de tomar, no en un sentido absoluto, sino relativo y limitado, en cuanto que, por la venida y por la gracia de Jesucristo no solo se disminuyó en gran manera el poder que antes egercia el demonio como pacífico Señor del mundo, sino es que á todo creyente se le concedió la virtud de combatirlo, y vencerlo, y comenzó felizmente aquella guerra, que continuándose en la Iglesia militante hasta la consumacion de los siglos,

solo se obtendrá el triunfo completo, cuando el Padre Divino, poniendo el último colmo á la gloria del Hijo, *ponet omnes inimicos sub pedibus ejus*. Mas esto no quita, ni que el demonio ejerza en cualquier tiempo algun imperio entre los hombres, particularmente entre los infieles y heterodoxos, donde la ausencia de la verdadera fe, y los verdaderos sacramentos, y del adorable sacrificio del altar, hace menos eficaces las operaciones de la gracia y de la redencion; ni que en nuestros dias pueda tomar incremento y hacerse mas visible y poderoso aquel imperio hasta llegar despues á aquel grado predicho en las Santas escrituras, cuando el hombre de pecado se manifestará *secundum operationem Satanæ, in omni virtute et signis et prodigiis mendacibus*, y la seducción de los prestigios infernales será tanta, *ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi*.

El lector que nos ha seguido hasta aquí, sin duda habrá anticipado ya en su pensamiento las consecuencias prácticas que quisieramos se observasen, que es ciertamente nuestro objeto final.

Estas consecuencias son tan ovias y manifiestas, que no se necesita un largo discurso para esponerlas. Cualquiera buen católico sabrá deducirlas por si mismo, con solo recordar la doctrina del catecismo que siendo niño aprendió en el seno de su madre la Iglesia. Segun aquella doctrina, evocar las almas de los muertos ú otros espíritus para obtener respuestas de ellos, consultar las *mesas* tripodes ó cualquier otra cosa para adivinar las cosas ocultas y futuras, producir ó intentar producir efectos singulares con medios del todo vanos y naturalmente desproporcionados y otras prácticas semejanteras, todas estas son su-

persticiones que tienden á ligar al hombre con vínculos de comercio y esclavitud espresa ó tácita con el demonio, se oponen á la providencia establecida por Dios en el universo, y al supremo culto que se le debe; por todo lo cual, son por su naturaleza ilícitas, impías, abominables, funestísimas y severísimamente prohibidas, no menos por la ley natural que por la divina y eclesiástica, cualquiera que sea el juicio que de ellas forme el siglo, y el nombre que les dé. El practicarlas, pues, seriamente y con ánimo deliberado, no puede escusarse de delito gravísimo: el entretenerse aun solamente como por juego y curiosidad, será cuando menos temeridad peligrosa; por que siempre es peligroso jugar y entretenerse con aquella antigua serpiente, que es tan hábil para engañar, como perversa para dañar. Y nótese, que para que sean ilícitas tales prácticas, no es necesario que se reconozcan como ciertamente diabólicas, bastará que sean sospechosas. (1) Si esta sospecha vastó á aquellos celosos y doctísimos Obispos de Francia y América para prohibir á sus fieles con palabras severas y graves las esperiencias de las mesas desde el primer año que aparecieron; cuanto mas bastará hoy, que los hechos siguientes han cambiado aquella sospecha en una casi certidumbre?

Por todo esto: si alguno intentase introducir las en nuestra Península, todos los fieles, y muy particularmente el Clero debe impedir por todos los medios esta introducción, haciendolas mirar con desprecio y con horror. Dejemos (concluiremos con las palabras de un ilustre Obispo de

(1) V. Prælectiones Theologicae Joannis Perroné. Tract. de Deo Creatore. Part. 1. Cap. V. De Dæmonum cum hom. com.

Francia) dejemos que corran tras semejantes prestigios y se abandonen á tales prácticas aquellos infelices, que privados de la luz de la verdadera fé, andan errando entre las tinieblas de la infidelidad.

Seccion 4 .

LECTURA RECREATIVA.

LORENZO Ó EL CONSCRITO.

La mensajera.

Cuando Lorenzo perdió de vista la navecilla de Isabel, y la de los corsarios, por navegar en aquellos instantes bajo el peñascal, como si una aguda punta de acero hubiera herido su corazon quedó fuera de si por el dolor: entró sin embargo arrastrando hasta el fondo de la caverna, desde donde se reflejaba en el espejo el jardin de Isabel; miró con fijeza, para ver si la jóven abordaba, y se ponía en salvo: pero no podia descubrir lo que pasaba por la parte del poniente.

El bergantin mercantil, que se hallaba en la baía, y estaba ya para darse á la vela, habiendo visto la bandera inglesa, apuntó sus cuatro cañones, esperando que el enemigo se acercase. Mas cuando conoció, que no era nave de Guerra, sino una fusta pirata de Argel ó Tunez, y que la chalupa iba á dar caza á la de Isabel, mandó inmediatamente otra con ocho hombres bien armados de carabinas y garfios, ordenando estuviere emboscada tras de una punta; la chalupa sarracena volaba tan ansiosa tras de el barquichuelo de Isabel, que sin tomar precaucion alguna, lo perseguia

fieramente esperando á cada instante incarle por decirlo asi, las uñas en las espaldas; pues sin borrar el surco que habria el barco de Isabel, ya la proa del berberisco lo volvia ha hender con velocidad indecible.

En estos criticos momentos sale repentinamente la chalupa oculta, arrojase sobre los sarracenos, hace una descarga, deja dos hombres muertos, y tres malamente heridos; echan mano á las pistolas, y antes que los piratas pudieran rehacerse, matan á otros dos, y reman para acometerlos: pero no fué ya necesario hacer grandes esfuerzos, por que los que quedaron vivos, abriendo los brazos, é inclinando las cabezas, pedian clemencia y misericordia: atáronlos de pies y manos, y los llevaron al bergantin. Entretanto Isabel habiendo visto pasar un navichuelo con gente armada, y preparar las carabinas, temió mas que nunca; pero cuando vió caer muertos á los berberiscos, se dirigió volando á su pequeño puertecillo, y saltando á tierra, se encerró en el jardin con Andres, suplicando al fiel marinero que nada digese en casa de lo sucedido, para no atormentar á su padre.

Leonor desde que Lorenzo se habia ocultado, salia poco de casa, para evitar las ocasiones de entrar en conversacion sobre aquel asunto. Pero habiendo ido un dia á la Parroquia á oír misa, y visto en ella á Isabel, propuso en su interior salirse sin hablarla, y evitar de este modo los asaltos de su amiga. Acabada la misa, y disponiéndose Leonor para salir de la Iglesia, he aquí que Isabel se levanta tambien, y se pone á su lado para acompañarla hasta casa segun tenia de costumbre. Leonor la toma la mano, y dándole un beso, y los buenos dias, procuró desviar la conversacion, diciendo con agradable semblante.—Sabes Isabel,

quién ha venido hace poco de Florencia? No lo acertarás tan pronto: pues ha venido nuestra amiga Juana; pero cuanto ha crecido! que hermosa y robusta! aunque nosotras tenemos una estatura regular, puedo asegurarte, que nos lleva la cabeza; cuanto se ha instruido! que palabras tan selectas! que labores tan delicadas! y fué haciendo relacion de todas las habilidades que habia observado en Juana, sin dar lugar á que Isabel pudiese hablar ni dirigirla pregunta alguna, hasta que ya llegaron al punto en que solian despedirse. Isabel, que tantos deseos tenia de saber algo de Lorenzo, no pudo contenerse mas, y la dijo.—Contra tu costumbre, Leonor, me has ido entreteniéndome esta mañana, sin permitirme hablarte de Lorenzo. Dime, como buena amiga, qué es de Lorenzo? Dónde está? por que corren mil voces á cual mas absurdas. Quien dice, que en Génova se ha enamorado de una cantatriz, y que con ella se ha fugado á Ginebra; otros cambian Ginebra por Paris, y aseguran, que se ha ido á esta capital con una joven americana: dime pues, Leonor, que es lo que hay en esto; oh si: dimelo; confíate á mi; bien sabes que tendré sepultado en el corazon tu secreto.

—Qué secreto? Ya no es un secreto en nuestra casa: todo el mundo sabe lo sucedido.

—Pues qué, lo dejó él dicho de voz ó por escrito?

—Ni lo uno ni lo otro: sino es que hablando la madre con Lorenzo, le dijo un dia.—Hijo mio; la guerra cada dia es mas cruel, las conscripciones se suceden con frecuencia; ahora se dice que la primera leva será desde los diez y ocho años, sin permitir los sustitutos. Lorenzo, tu ya tienes diez y nueve y medio, y cada dia que pasa es para mi una nueva espina que me

desgarra el corazon. Tendrias valor para verme morir? No hijo mio: fúgate á Cerdeña donde yo tengo tantos amigos.

—Bien: y que respondió Lorenzo? Aceptó el consejo materno? Dió algun consuelo á aquel corazon tan tierno y agitado?

—Lorenzo resueltamente se negó á ello, pareciéndole una vileza el huir, porque ya sabes lo pundonoroso y valiente que es. Pero la madre no se dió por vencida; y siempre que tenia ocasion, le decia suspirando y llorando.—Lorenzo, salva á tu madre: Lorenzo, mi vida y mi muerte están en tus manos: Lorenzo ten piedad de tu madre.—Enternecido con esto solia venir á desahogarse conmigo. Finalmente, cuando menos se hablaba de ello, suplicó Lorenzo al padre le permitiese ir á Génova. Desde allí escribió que queria acompañar á Marcelo á Spezia; partió, y no se ha visto mas.

—A esta relacion Isabel tenia toda el alma en los ojos, no pestañeaba; apenas respiraba. Pero Leonor para no entrar en mas explicaciones, la dijo.—Amiga; cuando tuviere noticias de Lorenzo, ya te lo avisaré; mas..... hem..... his..... Isabel; que te vaya bien: á Dios.—Y dicho esto entró en casa.

La amorosa hermana, desde que Lorenzo se habia ocultado en la cueva, no pensaba sino en él, obrando sobre todo con admirable destreza, para que nadie viniese en conocimiento de sus inocentes tramas. Para que ni el cocinero sospechase, habia esparcido la voz en la cocina, que un pobre enfermo necesitaba ciertos platitos que se hacia llevar á la habitacion: ella misma bajaba á la cocina muchas veces, y dando á Bautista la comida, este la llevaba al fondo del jardín: llegada la noche, y entrando Leonor en el barco

con el fiel marinero, vogaba silenciosamente hacia el escollo; ya en este punto, dábale la señal, Lorenzo echaba la cuerda con la cesta de los restos de la comida y cena del día anterior; y subía arriba los frescos alimentos que todavía estaban calientes.

Todos los días en la cesta de la comida sobrante, depositaba Lorenzo una carta para Leonor, que venía á ser la gacetilla de cuanto le sucedía en todo el día: manifestábase sus pensamientos, sus almanaques, y las mil y mil fantásticas imaginaciones que se iban sucediendo en su cabeza: dábale noticias de sus pichoncitos, y de los nuevos juegos que les había enseñado. Pero el asunto principal con que entretenía á su hermana era el ingenio y artificio del espejo; por esto le había suplicado que le enviase algo de paño verde para hacer una cámara óptica; hecha la cual, le pintaba con colores al natural los objetos circunstantes sobre papel, que se complacia después en contornear con lápiz. Con respecto á esto la decía, que reflejándose en el espejo gran parte del jardín de Lamba, veía todas las mañanas á Isabel, que venía á la pesquera, y gobernaba sus flores; que la había pintado con todos los árboles que estaban al rededor; que cuando estuviera acabada esta pintura, se la bajaría con la carta, para que viese no pasaba el tiempo ociosamente.

Leonor por su parte también contestaba afectuosísimamente, añadiendo la crónica diaria tanto de los padres y familia, como de lo demás que sucedía. Así es que le contó la conversación que el día ántes había tenido con Isabel, el dulce engaño en que había dejado á la amiga, y todos los castillos en el aire que la pobrecita refería se hacían con respecto á su imaginada navegación: todo esto aumentó el amor

de Lorenzo para con Isabel y sentía mucho que lo juzgase tan distante de ella, cuando tan cerca estaban.

Leonor, dejó pasar después cuatro días sin escribirle: Lorenzo se apercibió que su hermana no venía con Bautista en el navichuelo, por lo que temiendo hubiese enfermado, la escribía cartas sentidísimas, y la rogaba que el padre le escribiese siquiera un verso. Al quinto día abriendo ansiosamente la primera cubierta de la cesta vió carta de mano de Leonor; de lo que se alegró muchísimo; pero su tenor era tal, que no pudiendo Lorenzo hacerse fuerte, se abandonó sobre la cama, llorando amarguísicamente. Ya sabremos el contenido de esta carta: dejemos ahora á Lorenzo, y volvamos á Isabel.

Isabel desde la fuga de Lorenzo no tenía un momento de paz ó sosiego; no sabía darse cuenta del modo oculto y misterioso con que había desaparecido. Lorenzo se ha fugado: he aquí todo, decía entre sí Isabel: pero á donde? he aquí lo que quizás yo nunca podré saber. Si la madre de mi Dios, mi dulce abogada, á quien juzgo no desagrade este mi inocente amor, amor que he puesto bajo su protección: si la Virgen María me ayuda como confío, ya conseguiré satisfacer mis votos. María conoce bien mis deseos; sabe que amo á Lorenzo; pero sabe también, que no quiero desagradar á sus purísimos ojos; que en todo me resignaré al divino beneplácito: y oro, y suplico y frecuento la santa comunión para que el Señor me ilumine, y dé fuerza á mi corazón para que no se aparte de sus justos mandamientos.

Estas cosas andaba revolviendo en su angustiado pecho la piadosa y delicada jóven, cuando una mañana resolvió probar si podía sacar de Leonor algún indicio que la tranquilizase

con respecto á la suerte de Lorenzo. Se dirigió pues á casa de su amiga, y la cogió tan desprevenida, que, entrando sin anunciarse en la habitación, Leonor no pudo levantar de la mesa algunas cartas de Lorenzo, particularmente la de la noche anterior que acababa de leer y todavía estaba abierta. Pero lo que mas cuidado dió á Leonor fue, que tambien estaba sobre la mesa la perspectiva del jardín de Lamba, la fuente, y aun el retrato de Isabel con el mismo vestido que llevaba pocos dias antes. Lorenzo se la habia enviado el dia anterior juntamente con la carta, y tan al natural habia pintado aquella miniatura, que á primera vista se distinguian todos los objetos.—No por eso se turbó Leonor, sino es que con semblante risueño salió al encuentro á su amiga y la abrazó diciendo.—O! has llegado, Isabel, muy oportunamente, bendita seas; no parece sino que te ha avisado algun ángel. Tenemos buenas noticias; á ti sola te lo comunico; que no lo sepa ni el aire: hemos recibido cartas de Lorenzo, quien nos describe los peligros de su travesía, y la buena acogida que ha encontrado en Cerdeña; estoy loca de alegría; pues ya se ha salvado.—Y diciendo así, sacó de un pequeño escritorio una carta que Lorenzo fingía para tranquilizar á su pobre madre. Isabel aplicó con mucha atencion el oido para escuchar la lectura, que Leonor comenzó, llevando suave y disimuladamente á su amiga hacia la ventana para apartarla algun tanto de la mesa. La carta describía en efecto todos los peligros del tránsito, el recibimiento que le hicieron los marqueses de San Saturnino y de Villahermosa, concluyendo con asegurarles su buena salud, y los mas tiernos adioses. Terminada la lectura, Isabel miraba fijamente á Leonor sin pestañear siquiera. Tienen las mugeres un sen-

timiento tan fino y delicado, y se penetran entre ellas tan agudamente, que los hombres, aun los mas sútiles y sagaces, parecen torpes comparados con ellas. Así es que Isabel comprendió que aquella carta era supuesta. Y, aquella otra carta que estaba sobre la mesa escrita por mano de Lorenzo, cuando la escribió? Y á quién? Aquellas dos lágrimas que habian caido sobre ella aun no se habian secado. Quién las derramó sino Leonor? Y sobre todo, el paisaje cómo se hallaba en la habitación de su amiga? (A primera vista Isabel conoció el palacio paterno, la fuente de su jardín y su propio retrato.) El color azul celeste de mi vestido no tiene mas que veinte dias; cómo lo ha adivinado Lorenzo estando en Cerdeña? Y Leonor, no me habla de esto; con estudio me aparta de estos objetos.

Todos estos pensamientos pasaban rápidamente por la mente de Isabel: su semblante, alegre por el buen estado de Lorenzo no indicaba la mas ligera sospecha. Leonor entretuvo largo tiempo á su amiga; pero Isabel se despidió de Leonor diciendo con cierta sonrisa:—tu tendrás que responder á Lorenzo: te suplico le recuerdes mi gratitud, y lo saludes en mi nombre.

La amorosa joven no cesaba de discurrir dia y noche sobre el modo de aclarar sus dudas: salía poco de casa ni aun en el navichuelo como antes acostumbrada: solamente por las tardes pasaba algunas horas sobre la cima de una colina de su jardín: sentada en esta cima se entretenía en leer, estendiendo despues su vista hacia el mar de la parte del mediodia; por que la sola duda de que Lorenzo estuviese en Cerdeña, la obligaba á mirar hacia aquella parte, suplicando á Dios lo librase de todo mal.

Una tarde que oró con mas fervor, se detuvo mas tiempo que el de cos-

tumbre. El cielo estaba sereno, el mar tranquilo, la luna se reflejaba en las aguas: Isabel, volviendo casualmente la vista á la izquierda vió salir del puertecillo al pie del jardín de D. Juan un barquichuelo.—Qué será?—Miró atentamente, y le pareció ver vogar dos personas, pero sin poder distinguirlas. Entonces alargó el paso y se dirigió á la ventana que daba al mar; pero desde allí no podia ver el navichuelo por impedírselo los escollos. Aguardó un largo rato; y á la luz de la luna lo vió finalmente despuntar, y le pareció conocer á Leonor y Bautista.—Oh á estas horas! tan solos! tan silenciosos! Qué iran ha hacer? á donde iran? Veamos.

Les dejó en efecto pasar, y cuando los vió doblar la última punta, se encaminó al lugar secreto donde solia tener la llave de la puertecilla: abre, baja á donde estaba el barquichuelo, toma el remo, y entre peña y peña va vogando hasta llegar á un punto desde donde podia ver sin ser vista. Isabel no respiraba, aguzaba cuanto podia la vista. Á pescar, decia, no vienen: ni hay peces, ni lo permite la profundidad y la corriente de las aguas.

En el entretanto vió hondear el navichuelo; le pareció que las dos personas se apresuraban á sacar algunos objetos, las vió encorvarse, levantarse, y hubiera jurado haber visto una cosa negra subir por los aires.—Oh, tu sueñas, pobre Isabel! y diciendo esto, observó que el barco daba la vuelta; retrocedió ella, llega al puerto, encadena su navecilla, entra al jardín, cierra, y va corriendo á la ventana. No tardó en volver á ver el navichuelo misterioso, y entonces ya pudo distinguir que era el de Leonor. Aquella noche no pudo dormir pensando en mil y mil congeturas á cual mas estrañas; al dia siguiente apenas amaneció, saltó del lecho, se vistió, y corrió ansio-

sa á la barca para navegar á la roca donde la noche anterior habia observado el misterioso viaje de Leonor. Llegó al pié del peñascal, mirólo por todas partes con ojo escudriñador, sin descubrir indicio alguno que le descifrase el misterio. Retirose á mayor distancia de la roca, púsose á considerar aquella altísima pared cortada á plomo, sin que llamase su atencion otra cosa que aquellos dos oscurísimos agujeros, que aunque cien veces habia visto, nunca se la habian llamado; así es que se volvió á casa mas triste y pensativa.

A la tarde, sentada sobre la cima acostumbrada, ansiosamente esperaba, para ver si se repetia el viaje nocturno de Leonor: y justamente á la misma hora vió á Leonor y Bautista: siguiolos ella como la noche anterior, y con admiracion vió claramente que de una de las bocas de la cueva se hechó y despues se elevó un no se que bulto, que, como saben nuestros lectores, era la cesta en que se llevaba la comida á Lorenzo.

No hay pluma humana que pueda describir la tempestad que se levantó en el alma de Isabel. Habiendo vuelto como fuera de si al palacio: se preguntaba frecuentemente así misma: Quién estará encerrado en aquella inaccesible caverna? Quién ha podido bajar ó subir á un sitio tan peligroso?

Con estos pensamientos á la mañana siguiente salió al mar: consideró, examinó, espíó aquellos grandes agujeros, vió salir las palomas, las vió despues volver para dar de comer á los pichones: pero nada mas pudo descubrir. Otras dos noches espíó los pasos de Leonor, y se aseguró de que allá dentro de la caverna habia alguna persona á quien Leonor llevaba todas las noches algun socorro.

Y quién podia ser sino Lorenzo? Pero, cómo cerciorarse de esto? Lo pre-

guntaria á Leonor? No se le confiaría. Á Bautista? Menos. Que hacer pues?

Isabel vió despues muchas veces á Leonor; pero una y otra sabian disimular tan bien, que no habia peligro digesen una palabra por la que se sospechase el secreto que las dos se ocultaban; Isabel, procedió de suerte, que Leonor jamás pudo imaginarse que su amiga sabia su secreto.

Sobre la puerta del jardín de Isabel habia un terradito con sus columnitas al rededor: sobre la plataforma de este terradito Isabel habia echado granos de trigo y otras semillas con el objeto de atraer allí las palomas; viendo estas la comida tan cerca de la playa sin tener que ir lejos á buscarla, se arrojaban al terradito á bandaditas; tornaban á su cueva para alimentar á los pichoncitos, y volvian por lo restante. Despues que Isabel las tenia acostumbradas al cebo, cuando las mas golosas volvian al pasto, sacaba un poco la cabeza por la puerta; las palomas huian al principio; Isabel entonces les echaba granos de trigo, y los animalitos andaban dando vueltas hasta que, vencida la aspereza, bajaban á picotear al principio sobre la vanguardia, y despues sobre la misma plataforma; y alternando asi varios dias, las habia vuelto mansisimas y domésticas, de manera que, sentada Isabel sobre el terrado, alargaba la mano llena de trigo, y las palomas se acercaban para coger los granos, hasta que, retirando poco á poco la mano hacia el pecho, algunas mas confiadas le saltaban y se ponian sobre sus rodillas.

Cuando Isabel se vió ya Señora de aquellas palomas, una mañana en que habia dispuesto todo lo necesario, cogió suavemente una de las mas hermosas, atóle al cuello un cascabelito de plata, ciñóla despues una cinta encarnada con una papeleta escrita, atóle á una pierna un cordoncito, y la echó

á volar. La paloma, llevada del deseo de alimentar á sus hijuelos voló rectamente hacia la cueva, y habiendo entrado subió al nido á darles de comer. Lorenzo estaba leyendo segun su costumbre, y miraba frecuentemente al mar para ver los barcos de la ribera que llevaban frutas á Génova. Cuando oyó el sonido del cascabel, levantó los ojos, vió la paloma en su nido, y el cordoncillo que pendia de su pierna; cogiólo al instante, y para no espantar á la tímida paloma tiró suavemente hacia si, echóle la mano, desató la cinta, desenvolvió la papeleta, y ató la paloma al pie de su banquillo para que no se escapase.

Lorenzo pensó en mil cosas excepto en que la paloma fuese mensajera de Isabel; pero con no menor sorpresa que alegría leyó estas palabras:—*Estas tu en esa cueva? Mi amor me dice que si. Respóndeme si puedes. No dudes de mí fé.*—Isabel.—Leidas estas frases, latia el corazon de Lorenzo mas que el de la paloma; se internó al fondo de la cueva, cortó un poco de papel delgado, y escribió en él: *Soy yo: ven, alma delicada, ven: te espero á la media noche. Tirarás la cuerda tres veces, atarás la carta; que yo ataré otra á la misma cuerda.*—Lorenzo—Hecho esto; volvió á la paloma, ciñóle la cinta al cuello, le quitó el cascabel, desató el cordoncillo de la pierna, y la echó á volar. La paloma sintiéndose ya libre, se dirigió hácia su acostumbrado pasto, y encontró á Isabel que hacia una hora la estaba esperando. La tierna paloma, que al principio no habia pensado sino en sus pichones olvidándose de si misma, sentia ahora mucha hambre, asi es que se arrojó ansiosamente sobre el trigo que Isabel tenia en sus manos; y habiéndola visto sin cascabel y sin cordon, conoció que Lorenzo le habia quitado el primero, para no despetar la curiosidad de nadie, y el

segundo, para que la paloma no se enredase en algunas ramas ó malezas. Mientras la paloma comia, Isabel la cogió, y deshaciendo el nudo, y tomando el villete, besó alegremente á la paloma, y con formales palabras la prometió abundante provision diaria.

Cuando Isabel leyó las breves clausulas de Lorenzo, salió al jardin; y era tal la conmocion de su espiritu, y tan ansiosa su respiracion, que dando algunos pasos se vió obligada á sentarse sobre una piedra y apoyarse en el tronco de un desmayo: allí estuvo un largo rato enjugándose el sudor que le caia del rostro, pensando y meditando al mismo tiempo en lo que habia de escribir á Lorenzo. Se levantó por último, y volvió á casa para encerrarse en su habitacion y escribir con entera libertad.

Pero como la fortuna se complace algunas veces en burlarse de los amantes apasionados, sucedió, que al entrar en el palacio, habian llegado tambien una multitud de parientes de Génova con sus mugeres é hijas para pasar el dia siguiente en la fiesta de la Virgen de Savona; y he aqui á Isabel ocupadísima con las mugeres, ya para prepararles habitaciones, ya para hacerlas compañía. Acostumbrada estaba por la práctica constante de la virtud á sobreponerse á todo y á dominarse asimismo; pero aquel dia era necesario manifestarse complaciente y alegre, cuando su espiritu debia estar atormentado por semejante contratiempo. Cómo le seria ya posible escribir á Lorenzo segun este se lo habia suplicado? Y si escribia, cómo salir furtivamente y navegar á media noche al monte de la caverna hallándose el palacio lleno de huéspedes, y debiendo ella estar rodeada de sus tias y primas, y preparar todo lo necesario para la festividad del dia siguiente?

(Se continuará.)

SOLUCION A LA CHARADA

HISTÓRICO^{OS} FILOSÓFICA.

He registrado la historia
Segun pide la charada,
Y en la historia consultada
Halló pronto mi memoria
Solucion satisfactoria.
En tus versos refulgentes
Personages hay latentes;
Pero histórico criterio
Ha descifrado el misterio
En las décimas siguientes.

Al mas grande personaje,
Que en la edad media se vé,
Cogilo por el ropage:
Pero luego lo solté.
Si me preguntas, por qué:
Te lo diré con franqueza:
Porque la noble cabeza
De Carlo Magno truncan
No podia, sin temblar;
Ni abatir tanta grandeza.

Mas, como al fin, inhumano
Me ordenaste que matase
Y la cabeza cortase
Al mas grande Soberano;
Con el acero en la mano
Acometí con presteza,
Con tal tino y tal rudeza,
Que Carlo Magno espiró
En mis manos; y dejó
Tu primera en su cabeza.

¿Cómo siendo literato
Y admirador del saber,
Me has mandado cometer
Tan atroz asesinato,
Injusto, cruel, ingrato?
Mas al ver, amigo mio,
El ardid y el atavio
En tu charada brillar,
He resuelto egecutar
Tu mandamiento aunque impio.

Fueron, pues acometidos

Los siete sabios de Grecia;
 Y aunque la lucha fue recia,
 Saliendo todos heridos
 A mis golpes repetidos,
 Uno fue en el corazon:
 No Biante ni Solon,
 Sino *Tales*: lo maté:
 Y en su cabeza guardé
 Tu segunda en infusion.

Tu tercera á Palestina
 Me condujo en un amen;
 Un hombre en Jerusalem
 Subia triste colina,
 Vertiendo sangre divina.
 Y tan noble es su figura,
 Y tan alta su estatura,
 Que jamás el mundo ha visto,
 Quien iguale á *Jesucristo*,
 Segun tu musa asegura.

Como tiene el privilegio
 De no morir, sino quiere;
 Y resucita, si muere,
 En verdad sin sortilegio;
 Y no habiendo sacrilegio,
 En quitarle asi la vida,
 Tambien mi acero homicida
 La cabeza le cortó:
 Y á las otras dos unió
 Tu tertia bien conocida.

Vi á tu cuarto personaje
 En Egipto, Italia, Francia,
 Mostrando tal arrogancia,
 Que exigia vasallage
 A los Reyes y homenaje.
 Vencedor entraba en Viena,
 En Berlin, Marengo, Jena,
 En Moscou, en Austerlitz,
 En Bolonia y en Madrid;
 Y vencido en Santa Helena.

Si en esta roca amarrado
 No estuviera el Capitan
 Como á la cadena el Can,
 Jamás hubiera atacado
 A *Bonaparte* afamado.
 Pero viéndolo impotente,
 Y bajo el tropico ardiente,

Mande al acero que parta
Su cabeza; y que tu cuarta
A todos se haga patente.

Las cuatro testas cortadas
Con cuidado recogí:
Las cuatro testas uní
En buen orden enfiladas.
De este modo colocadas,
Mi fuerte voz las ordena,
Que me den solucion plena.
Y lo mismo fue mandar,
Que admirado vi brotar
La ciudad de *Cartagena*.

S. P.

LA ESPERANZA DEL CRISTIANO O EL CIELO.

ENSAYO

DE UN ALUMNO DEL SEMINARIO

CONCILIAR DE LOGROÑO.

Engañosas ilusiones
Dominan á los mortales,
Que llenan pronto de males
Sus *llagados* corazones.
Todo, todo es ilusion,
Sino el Cielo, que ha de ser
Corona del padecer,
Y del justo la mansion.
Cuando en el fondo del alma
Yo registro mi conciencia,
Se presenta esta creencia
Derramando dulce calma.
Cuando el placer con anhelo
El libertino gozaba,
El cristiano solo hallaba
En la *Esperanza* consuelo.
Esperaba; y la *Esperanza*
De tan dichosa ventura
Hacia su dicha pura,
Y doblaba su confianza.
Y cual violenta pasion
Que limites desconoce,
O como fuego, que al roce

Se enciende con esplosion.

Si así la esperanza prende,

Es de tanta actividad,

Que el fuego de caridad

Mas expansivo se enciende.

Y con estraña efusion

Y heroismo singular,

No hay espacio ni lugar

A que no alcance su accion.

El jóven y la doncella

Que en áspera penitencia

La estola de la inocencia

Conservaban blanca y bella,

Castas delicias dejando

Que en la patria disfrutaban,

De su Patria se alejaban,

La gloria de Dios buscando.

Y recorriendo lugares,

Y despreciando tormentos,

De nuevas glorias sedientos

Van cruzando nuevos mares.

Y en todas partes esplican

De Dios el Verbo humanado;

Y á Jesus crucificado

A toda gente predicán.

Si la muerte los alcanza,

Y derraman sangre pura;

Consiguieron su ventura.

Se cumplió ya su *Esperanza*.

Portentosa maravilla!

La sangre que se derrama,

Aumenta do quier la llama,

Cual fructifera semilla.

Y nuevos atletas van

A ceñir nuevos laureles;

Y aunque soldados noveles

En dura lid triunfarán.

Quién à la muerte los lanza?

Tal heroismo dó viene?

Quién en la lid los sostiene?

La fe, el amor, la *Esperanza*.

Sepa pues el hombre vano,

Que en esta tierra de duelo

No es la tierra, sino el cielo

LA ESPERANZA DEL CRISTIANO.

REVISTA CONTEMPORANEA.

UNA CONVERSION CURIOSA.

Suelen los gentiles tener en sus hogares un idolillo, á quien dan el nombre de *tse kiúm* (príncipe del hogar) que corresponde á los Lares de los Chinos. En una aldea no distante de Scian-Hay, en la que los gentiles se muestran dispuestos á abrazar nuestra Santa Religion, hay una familia, que siempre se manifestaba contraria, y oponia un obstáculo para adquirir nuevos prosélitos. Un dia, sin saber como, desapareció el idolillo doméstico; buscose por aca y por alla sin que hubiese modo de encontrarlo. Ah! te nos has escapado, digeron; bien; todos nos haremos cristianos. Y ahora está aprendiendo las oraciones y la doctrina, y esperando con ansia el santo bautismo. *La gracia es gracia, y el espíritu espira donde quiere.*

El Abate Chatel era un infeliz eclesiástico, que algun tiempo antes de la revolucion que elevó al trono á Luis Felipe, escribia en el *Reformador*, en el *Éco de la Religion* y en el *Siglo*. Agregándose algunos sacerdotes mal contentos fundó con ellos nada menos que una *nueva Iglesia católica francesa* de la que se declaró Obispo: habiendo nacido la discordia entre los *reformistas*, despues de haber mudado de domicilio muchas veces, en 1842 fué acusado de ultrages á la moral pública: por lo que el lugar en que se reunieron sus prosélitos fué cerrado por la policia. Posteriormente fué ardiente orador en los círculos de 1848 en los que hablaba contra la opresion de la muger: despues maestro de escuela; reducido en fin á la última miseria, murió hace poco tiempo á la edad de

62 años, sin haber dado ninguna señal de arrepentimiento. Consideren este fin aquellos legos ó eclesiásticos que intenten *reformatar la Iglesia*, ó sienten las primeras tentaciones de aplaudir á los *reformadores*; consideren todos, qué clase de hombres son los que se dicen llamados á reformatar la Iglesia: empiezan por orgullo, envidia ó resentimiento, y su vida es un tejido de insulsas declamaciones, y desarreglado libertinage.

El Periodismo ha tomado un nuevo movimiento en Rusia; desde el primero de Enero han comenzado los diarios á ocuparse de las cuestiones politicas, lo que anteriormente les estaba absolutamente prohibido. Esta discusion de los intereses del pais, hecha por la prensa, es del todo nueva en Rusia.

— —
AVISO.

Los Sres. abonados al **ESCUDO CATÓLICO**, cuya suscripcion concluye en 31 de Marzo, serán considerados como nuevamente suscritos, sino avisasen lo contrario; asi que, recibirán los números con la misma puntualidad que hasta aqui.

Editor responsable:

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales
núm. 34.